

adhesión de Cerdeña al proyecto de desarme, felicitándole por el feliz desenlace de la crisis. Lejos de aceptar las felicitaciones, Buol le enteró de la grave medida tomada el día antes por iniciativa y orden del emperador Francisco José. Sorprendido, disgustado y asustado sobre todo, lord Loftus preguntó con ansiedad al jefe del gabinete austriaco si el emperador, en el momento de resolver el envío de la intimación, conocía la adhesión de Cerdeña. Buol contestó negativamente, pero no ocultó que la decisión era ya irrevocable. La confianza que el ministro austriaco acababa de hacer á lord Loftus, la hizo también al embajador de Rusia y, algo más tarde, al encargado de negocios de Francia, señor de Bonneville. En la noche del 20 al 21 de abril se supo definitivamente la gran noticia en las Tullerías. En la mañana del 21, á la hora misma en que el *Monitor* publicaba la nota tranquilizadora que hacía presagiar el acuerdo, se sabía en todas las cancillerías la súbita y violenta evolución que destruía las mejores esperanzas de paz.

Del uno al otro confín de Europa, el clamor contra Austria fué unánime, clamor interesado de los belicosos, satisfechos de poder decir que habían sido provocados; clamor irritado de los pacíficos, despechados de ver que todos sus esfuerzos resultaban inútiles. En medio de tal confusión, ¿qué podía hacer la Gran Bretaña, esa infatigable agente de la paz? Ya no la escuchaban en París ni en Turín, y sus observaciones se perdían en medio del primer ruido de las armas. Sin embargo, el gobierno inglés volvió á dirigirse á Viena: la intimación había sido llevada á Milán; nada más fácil que retirarla. La reciente concesión de la Cerdeña sería la justificación natural de aquella retirada. A este lenguaje, Buol opuso una obstinación invencible y triste: «Cierto es que ignorábamos aún las resoluciones del Sr. de Cavour, cuando acordamos los términos de nuestra intimación, contestó el ministro austriaco; pero nunca hubiéramos consentido en tomar asiento en un congreso al lado de los representantes de Cerdeña; por consiguiente, de todos modos, la divergencia hubiera subsistido.» Lo mismo declaró al Sr. de Banneville. Dirigiéndose otra vez al embajador británico, le dijo: «No nos conocéis, si pensáis que podemos volvernos atrás.—La opinión pública se va á declarar contra vosotros.—Hace tiempo que la Cerdeña nos insulta, y hemos de contar también con la opinión de nuestro país.—El Austria se quedará sola.—¡Quién sabe!, combatimos contra la revolución y en favor del orden europeo (1).» Así fracasaban los últimos esfuerzos de Inglaterra. Prolongándose éstos en los días siguientes, tuvieron el inesperado resultado de contener durante una semana las armas de Austria y quitarle á ésta el fruto de su busca iniciativa, salvando quizá de ese modo al Piamonte. Todo se volvía contra la desdichada monarquía austriaca, hasta los buenos oficios de su fiel aliada.

En la tarde del 23 de abril, los dos mensajeros austriacos, portadores del ultimátum, llegaron á Turín por vía de Milán: éstos eran el barón de Kellesberg y el conde Ceschi de Santa-Croce. Atravesaron la ciudad, llena de bullicio y agitación, entregada febrilmente á belicosos preparativos. Al pasar cerca de la Cámara de

(1) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 321.

los diputados, tropezaron con un gentío tan compacto que las anchas calles de la ciudad parecían estrechas. Es que en aquel momento se discutía en el palacio Carinián el proyecto de ley que, en caso de guerra, conferiría al rey, por todo el tiempo que durasen las hostilidades, la plenitud de los poderes civiles y militares. Se comentaban las palabras del ponente de la ley; se esperaban las declaraciones de Cavour; se hacían cálculos sobre los votos en pro ó en contra; y los grupos tumultuosos, que llenaban las inmediaciones del palacio, recogían con avidez las noticias de la sesión. Votado el proyecto, Cavour salió de la Cámara y dijo: «La legislación que acaba es la última del Parlamento piamontés; el año que viene abriremos el primer Parlamento italiano (2).» Una vez en su casa, se le anunció la presencia de los oficiales austriacos. Recibiéndoles inmediatamente y leyó con atenta curiosidad la intimación de los que ya podía llamar sus enemigos. En aquel documento Buol reconstituía la historia de las últimas negociaciones, desmentía en nombre de Austria toda idea agresiva, sentaba que la única garantía sería de conciliación sería la reducción del ejército al contingente de paz y el licenciamiento de los cuerpos francos; sentía que todos los esfuerzos en ese sentido hubiesen sido hasta entonces infructuosos, y continuaba luego en estos términos: «El emperador, mi augusto amo, se ha servido ordenarme intentar directamente un supremo esfuerzo para hacer volver al gobierno de Su Majestad Sarda sobre la decisión que parece haber tomado. Tal es el objeto de esta carta. Tengo el honor de rogar á Vuecencia que tenga á bien tomar su contenido en la más seria consideración y hacerme saber si el gobierno real consiente ó no en poner sin dilación su ejército en pie de paz y licenciar á los voluntarios italianos. El dador, á quien os serviréis, señor conde, entregar vuestra contestación, lleva el encargo de permanecer, con tal objeto, á vuestra disposición durante tres días. Si pasado ese término no recibiese contestación ó ésta no fuese completamente satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias de esa negativa recaerá toda entera sobre el gobierno de Su Majestad Sarda. Después de haber agotado en vano todos los medios conciliantes para proporcionar á sus pueblos la garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho á insistir, Su Majestad, muy á pesar suyo, tendrá que recurrir á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído el mensaje, Cavour despidió á los enviados, guardándose bien de comunicarles en seguida su negativa, pues convenía utilizar el plazo hasta el fin, ya para completar los preparativos militares, ya para permitir que llegasen los primeros auxilios extranjeros. Expirado el plazo de tres días, á las cinco y media de la tarde del 26, el barón de Kellesberg fué nuevamente introducido en casa del presidente del consejo, quien le entregó la contestación, cuyo sentido no era dudoso para nadie. El gobierno sardo rechazaba «la intimación amenazadora» del Austria y echaba la responsabilidad de los acontecimientos futuros sobre los que «se habían armado los primeros.» En el momento de ir á retirarse el mensajero austriaco, Cavour le manifestó cortésmente la esperanza de que volvería á verlo

(2) Massari, *Il conte Cavour*, pág. 319.

en días más felices; y lo hizo acompañar luego por el coronel Gavone hasta la frontera. Mientras tanto, la antecámara se había llenado de amigos del ministro, deseosos de conocer los términos de la contestación y de grabar sobre todo en su memoria una escena tan memorable para la historia de su país. Terminada la entrevista, Cavour se presentó en el umbral de su gabinete. En su rostro se leía la expresión de una alegre esperanza y la apacible serenidad del hombre que después de haber alcanzado, por medio de la prudencia ó por medio de la astucia, los últimos límites de la previsión, confía tranquilamente á la fortuna los azares que no puede sentir ni dominar. Después de largos años de negociaciones abiertas ó de manejos tenebrosos, sentía que la principal responsabilidad iba á pasar de los diplomáticos á los soldados, de los que manejaban la pluma á los que manejaban la espada; de ahí una especie de descanso relativo de que gozaba de antemano su espíritu rendido de fatiga. Volviéndose hacia los que se agolpaban hacia él, les dijo con más desahogo que inquietud estas simples palabras: *Jacta alea est*. Y en efecto, como César, Cavour acababa de pasar el Rubicón.

XI

No había de pasarlo solo, y en eso estaba el secreto de su tranquilidad. El 22 de abril, el *Monitor* había expuesto las divergencias entre el gabinete de Viena y las demás potencias, y dejado presentir la intimación austriaca como para hacer que sus efectos fuesen irrevocables. Al mismo tiempo, había anunciado la concentración de varias divisiones sobre la frontera piamontesa. El 23, confirmó la noticia del *ultimátum*, dió á conocer la formación de cinco cuerpos de ejército y designó sus jefes. En esto, llegó á las Tullerías la petición oficial de Cavour, que reclamaba el apoyo ya seguro de Francia.

El 24 de abril era el día de Pascua. Este día de fiesta pacífica y de recogimiento religioso fué, en París, una jornada de confusión y trastorno. Los bolsistas, alocados, calculaban las pérdidas enormes de las últimas cuarenta y ocho horas. Los comerciantes se apresuraban á terminar sus negocios, y ante la perspectiva de una lucha cuya extensión, ni duración, ni desenlace nadie preveía, sólo cuidaban de limitar sus compromisos. Los políticos se asustaban de aquella aventura tan inesperada como extraordinaria y procuraban adivinar los pensamientos, los planes y las ilusiones del emperador. Los católicos sentían inquietudes por los dominios del Padre Santo. Observóse que á los oficios de la Iglesia acudió mayor concurrencia de fieles que de ordinario; pero mientras los sacerdotes entonaban el alegre *Aleluya* de Pascua, se oyó más de un sollozo: era el de las madres que, en una ferviente invocación, conjuraban á Dios que salvase á sus hijos y evitara los desastres de la guerra. Mientras tanto, las masas, al parecer más distraídas que preocupadas, llenaban los sitios públicos, ávidas de noticias y de espectáculos. Sobre todo las inmediaciones de los cuarteles se hallaban atestadas de curiosos. En ellos reinaban la agitación algo febril de las marchas, una actividad más confusa que ordenada, la excitación de lo desconocido, todo esto unido al placer de la disciplina aligerada y á esa alegría propia de

los militares en el momento de entrar en campaña. El público aclamaba á los soldados de línea que acababan de equiparse en medio de ese aparato pintoresco, alegre y desaliñado, peculiar de los ejércitos del segundo Imperio; admiraba luego á los granaderos y á los cazadores de la guardia en su soberbio y correcto uniforme que no presentaba todavía ninguna mancha de vivaque ni de batalla. Mucha gente del pueblo, gracias á una consigna indulgente, se metían en los patios de los cuarteles, y mientras los muchachos abrochaban alegrementemente los cinturones, sujetaban las mochilas ó sostenían los fusiles, las hermanas y las novias se despedían de los que iban á marchar. De vez en cuando, un toque de cornetas anunciaba que algún batallón, después de haber terminado sus preparativos, se dirigía hacia la estación de Lyon; y la multitud lo seguía á paso militar. Un síntoma particular se observó en aquellas salidas de tropa. A medida que los soldados avanzaban por el arrabal de San Antonio, las banderas eran más numerosas y las aclamaciones más nutridas. Nadie hubiera reconocido al terrible barrio tan castigado durante la insurrección de Junio y tan furioso por el golpe de Estado. Parecía que, al separarse de sus antiguos amigos, el emperador había conquistado otros. Y es que el instinto democrático había adivinado la desviación de la política imperial y, á fin de evitar todo paso atrás, procuraba estimularla: no se aclamaba al gobierno, ni siquiera al ejército que iba á batirse, sino á la guerra revolucionaria de que el Imperio iba á ser á la vez instrumento y víctima.

En medio de aquellas preocupaciones, en las Tullerías se acordaron de que había un Cuerpo legislativo. De buena gana se hubiera prescindido de él, de tal modo habían disgustado los sentimientos pacíficos que, dos meses antes, se habían manifestado en el Palacio Borbón. Pero se necesitaban hombres y dinero. A pesar de las fiestas de Pascua, se convocó á los diputados. Estos llegaron presurosos, unos ostensiblemente tristes, otros ocultando bajo una aprobación obligada sus reales inquietudes, la mayor parte inclinando la cabeza bajo los hechos consumados; sólo unos pocos, ya por convicción, ya por adulación al soberano, iban y venían bulliciosamente, pronosticaban la próxima victoria y ensalzaban el tino de la nueva política. A pesar de aquellas disposiciones más resignadas que favorables, echábase de ver que el *ultimátum* de Austria había ofendido tanto como una bravata. El 26 de abril, apenas abierta la sesión, Walewski leyó desde el banco de los consejeros de Estado el resumen de las negociaciones que habían conducido á tan triste fin. Napoleón III tenía un arte consumado para revestir de un reflejo de equidad y de generosa grandeza sus más arriesgados planes. El documento oficial ponía rigurosamente de relieve la obstinación del Austria, rebelde á toda concesión, empeñada en defender hasta sus usurpaciones; á ese egoísmo estrecho oponía los amplios puntos de vista del emperador, que se había adherido á la misión Cowley, al proyecto de congreso, á la proposición de desarme, en una palabra, á todas las combinaciones imaginadas por Europa á fin de asegurar la paz. El ultimátum austriaco proporcionaba al orador ministerial un final triunfante y le permitía afirmar con ciertos visos de verdad que, si Francia tomaba las armas, era no

á consecuencia de un plan preconcebido, no por ambición ó espíritu de conquista, sino para contestar á una agresión injusta y, propiamente hablando, para garantir mejor la tranquilidad universal. «Si la Cerdeña se halla amenazada, terminaba diciendo Walewski; si, como es de presumir, su territorio es invadido, Francia no puede vacilar en responder al llamamiento de una nación aliada con la cual le unen intereses comunes y simpatías tradicionales, rejuvenecidas por una reciente confraternidad de armas y por la unión contraída entre ambas casas reinantes.»

Esta apología produjo efecto en algunos diputados y arrancó de vez en cuando aplausos, no muy nutridos, no muy entusiastas, pero suficientes para dar la ilusión de un asentimiento bastante general. Después que hubieron cesado, el presidente del Consejo de Estado se levantó á su vez y presentó dos proyectos de ley, uno que elevaba desde ciento hasta ciento cuarenta mil hombres el contingente de la próxima leva, y otro que autorizaba un empréstito de 500 millones. Pero había que imprimir á la aprobación una actitud más resuelta. El señor de Morny se encargó de animar á los tibios y de mofarse de los indecisos. Con mucha habilidad manifestó la esperanza de que la lucha sería corta y limitada, y como para ocultar la evolución de que daba ejemplo, recordó la repugnancia del Cuerpo legislativo por la guerra. «Vuestros sentimientos pacíficos, añadió, no hacen más que dar mayor valor y mayor fuerza al concurso que prestaréis al emperador. Demostremos que, en presencia del extranjero, nos hallamos todos unidos en un mismo pensamiento: el éxito y la gloria de nuestras armas. Empeñada la lucha, todos los intereses materiales desaparecen para ceder el puesto al patriotismo, todas las inquietudes callan para dejarnos oír mejor la voz del honor nacional. No miremos más hacia atrás; tenemos delante la bandera de Francia.»

¿Quién no hubiera aplaudido semejante lenguaje? ¿Y de qué hubiera servido ya la contradicción? Hubo gritos de «¡viva el emperador!» bastante fuertes para que la lisonja pudiese abultar las reseñas y para que Napoleón pudiese creerse aprobado. No es que en el fondo no subsistieran los temores. Subsistían hasta en los mismos políticos que se esforzaban en crear ó robustecer la corriente belicosa. Walewski, que acababa de leer el programa de la política gubernamental, había hecho hasta el último momento todo lo posible para disipar ó desviar la tormenta; Morny, que acababa de pronunciar aquellas ardientes palabras, tan poco en armonía con su natural frío y escéptico, sentía tanto como nadie los impulsos de Napoleón. Tal fué, desde el principio hasta el fin de todas las legislaturas, la suerte de los diputados y de los hombres del segundo Imperio. Siguieron al amo censurándolo en secreto. ¿Era servilismo? El calificativo sería injusto. Pero, consultados casi siempre demasiado tarde, no se atrevían á oponer una crítica impotente á empresas irrevocablemente empeñadas: temían que se dudase de su patriotismo ó que se les acusase de cortos alcances, y temían hacer vacilar el trono si hablaban demasiado alto. Así es que, en parte por abnegación y en parte por timidez, dejaron nacer, desarrollarse y aumentar los más mortales enemigos del Imperio, es decir, los ideales del emperador.

A pesar de que casi se habían roto ya las hostilida-

des, y á pesar de que todo aviso había de resultar seguramente inútil, hubo algunos diputados que se sublevaron contra tan desairado papel. A propósito de la discusión del proyecto de empréstito, denunciaron los próximos peligros y suplicaron que se limitase la guerra, si realmente era imposible evitarla. Así hablaron Anatolio Lemercier y La Tour, quienes manifestaron su extrañeza de que, en una crisis tan considerable, se hubiese prescindido del Cuerpo legislativo, pues no se le había consultado sino cuando todo estaba consumado, é interpelaron al gobierno sobre las medidas que había tomado para garantir en Italia la seguridad de los tronos y preservar al Padre Santo de toda expoliación. La interpelación era oportuna, pues se acababa de recibir la noticia de que el gran duque de Toscana se había visto obligado á salir de sus Estados, y nadie ponía en duda que la sedición se extendería. Con su habitual solemnidad, el presidente del Consejo de Estado, señor Baroche, se indignó de que se pudiese sospechar de los sentimientos del emperador, alabó la solicitud del soberano por los intereses religiosos y afirmó que la independencia y la soberanía de la Santa Sede permanecerían al abrigo de todo peligro, á pesar de las complicaciones del porvenir. Considerábase terminado el debate cuando se vió levantarse de su asiento un diputado que agitaba con su mano única (pues era manco) un fajo de cuartillas que se disponía á leer. Era el señor Plichón, representante del Norte, personaje casi desconocido, de mediano talento, pero de mucho carácter. Aunque gozaba de la estimación de sus colegas, asustó á éstos la perspectiva de tan larga audición. Sin embargo, la lectura fué tan interesante como el más animado discurso. Todo lo que podía decir un buen ciudadano, íntegro y previsor, el Sr. Plichón lo dijo aquel día para ilustrar á los poderes públicos y descargar su propia conciencia. Lo dijo sin arte, con una brusquedad que desconcertaba, pero con una fuerza de rectitud y de buen sentido que hubieran podido envidiarle los hombres de Estado más sagaces. Empezó por extrañarse de que el país se hubiese visto reducido á enterarse por despachos extranjeros de las noticias que determinaban su suerte. Deploró la situación del Cuerpo legislativo colocado en presencia de hechos ya consumados. Los murmullos empezaron cuando el orador, con creciente energía, continuó en estos términos: «He votado la ley del contingente porque se había empeñado el honor de la bandera y las resoluciones parecían irrevocables. Pero si se hubiese podido examinar detenidamente el interés que tenía Francia en hacer la guerra, hubiera contestado con un voto negativo, y la inmensa mayoría de la Cámara hubiera hecho lo mismo que yo.» Un vivo movimiento de denegación acogió estas atrevidas palabras. El discurso continuó en una serie de preguntas en que la lectura alternaba con fragmentos de improvisación. «Se han empeñado en una guerra llena de aventuras. Se invoca la situación de Italia. Pero si Italia se encuentra en la misma situación que hace diez años, ¿por qué se hace la guerra? ¿Qué clase de guerra se va á hacer? ¿Una guerra revolucionaria? ¿Una guerra política? ¿Será la consagración de la expedición de Roma ó será una protesta? ¿Qué se busca? ¿La expulsión de los austriacos solamente? ¿La federación, la unidad de Italia? ¿Qué se hará de la vic-

toria? ¿Qué precauciones se han tomado contra la anarquía?» A este lenguaje de inusitada temeridad aumentaron los murmullos, dominados á intervalos por algunas vivas y perseverantes aprobaciones. Y las cuartillas seguían girando bajo la mano agitada que las manejaba

sa se hallaba ya en plena ejecución? El valiente diputado no ocultaba su apuro y terminó con un supremo llamamiento á la moderación del emperador. Para unir á la mayoría algo turbada y borrar en seguida la impresión de aquel lenguaje no de orador, sino de hombre



Baroche

febrilmente. «No sólo se halla comprometida la seguridad exterior, sino que también lo está la paz interior, siguió leyendo el Sr. Plichón, pues no se puede ser revolucionario en Italia y conservador en Francia y en Roma. Se ve lo que Francia puede perder en la guerra, pero no se ve lo que puede ganar.» La conclusión era lo único que no respondía á la vehemencia de la planificación. Pero ¿qué pedir cuando ya se habían dado á las tropas las órdenes de marcha y cuando la empre-

de bien, Baroche pronunció otro discurso, acusando á Plichón de alentar al enemigo, desalentar á nuestros soldados y enervar el sentimiento público. Extendióse mucho sobre estas generalidades, tanto que no se cuidó de replicar á Julio Favre que, hacia el final de la sesión, hizo uso de la palabra. Después de todo, ¿á qué replicar? Julio Favre proclamaba el principio de las nacionalidades, quería la expulsión de los austriacos y la transformación de Italia, aunque fuese por vías re-

volucionarias. Todas estas aspiraciones se hallaban comprendidas en germen en el programa imperial.

El paso del Tesino por las tropas italianas había de señalar el principio del estado de guerra, y en este sentido se habían enviado instrucciones á nuestro encargado de negocios, Sr. de Banneville. Todo el mundo esperaba que Austria sacaría partido de sus ventajas, precipitando el rompimiento á fin de precipitar también el ataque. Pero transcurrieron los días 27, 28 y 29 de abril sin que ningún cuerpo enemigo apareciese en la margen derecha del río. La sorpresa fué grande, y nadie supo explicarse una marcha tan lenta después de una decisión tan pronta. En medio de la general incertidumbre, los más optimistas se pusieron á comentar un artículo pacífico del *Morning-Herald* y un discurso de lord Derby que parecía anunciar negociaciones reanudadas y dejaba vislumbrar todavía alguna esperanza. El 1.º de mayo este último destello se desvaneció, pues se supo que los austriacos habían pasado el río. Al día siguiente se tuvo noticia de que acababan de ocupar Novara y se concentraban en la Lomellina.

Ya no faltaba más que invocar el destino de las batallas. El 3 de mayo, una proclama del emperador al pueblo anunció la guerra entre Francia y Austria. Napoleón declaraba solemnemente que Italia sería libre hasta el Adriático, que no se fomentaría el desorden en la península y que no se quebrantaría el poder del Padre Santo, tres predicciones que un porvenir próximo había de desmentir por igual. Añadía que iba á ponerse al frente del ejército, y encomendaba la emperatriz regente y su hijo al país. Aquel mismo día el señor de Banneville salió de Viena y el Sr. Hubner de París.

Los batallones franceses subían ya las vertientes del monte Cenis ó bajaban las laderas del Susa, mientras

en las estrechas calles del puerto de Génova se agitaban en pintoresco tumulto nuestros soldados recién desembarcados.

Lo que hacemos de un modo más triunfal suelen ser nuestras faltas. La partida del emperador fué triunfal. No es que en las Tullerías la separación fuera exenta de tristeza: no dejaba de causar cierta pena el ver alejarse un amo bueno, indulgente y generoso, y los más perspicaces servidores del Imperio se sentían llenos de turbación y de ansiedad. Pero cuando el cortejo imperial hubo dejado á sus espaldas el suntuoso palacio, desplegóse al lado de la pompa oficial un aparato popular del todo inusitado. Las mismas demostraciones de simpatía que habían acompañado á nuestras tropas se repitieron con más fuerza al paso del soberano. A medida que avanzaron hacia el arrabal de San Antonio, la plaza de la Bastilla y la calle de Lyon, las manifestaciones simpáticas aumentaron en intensidad. En todas las ventanas ondeaba la bandera tricolor: de todos los labios se escapaban gritos de «¡viva el emperador!» y «¡viva Italia!» sobre todo. Los que estaban sujetos á la vigilancia de la policía no eran los que aplaudían menos, como si esperasen que la agitación propagada al extranjero volvería de rechazo al foco de que había salido. Parecía una manifestación, no del imperio liberal que tantos espíritus nobles saludaron más tarde, sino de una especie de imperio democrático nacido de la revolución, viviendo por ella y no subsistiendo sino con la condición de servirla y propagarla. Aquella muchedumbre no se equivocaba en sus instintivos cálculos, ni desviaba torpemente sus aclamaciones. ¿A qué acudir á las sediciones, á las barricadas, á los complots, á los atentados, si el emperador iba á minar desde aquel día de una manera lenta, pero segura, el trono al que una increíble suerte lo había elevado?

LIBRO DÉCIMOSEXTO

LA GUERRA DE ITALIA

- SUMARIO: I.—LOS PRIMEROS PREPARATIVOS DE GUERRA.—Secreto de estos preparativos: el mariscal Vaillant y el mariscal Castellane; alternativas de actividad y de calma: la guerra estalla: composición del ejército de Italia.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Descripción del teatro de la guerra.—La Italia septentrional y el valle del Po.—Ventajas del ejército austriaco al principio de las hostilidades: atrevido plan que podía realizarse.—Inquietud de los generales franceses: el general Niel, el general Frossard, el coronel Saget.—Gran premura en enviar á Susa nuestras primeras divisiones: Canrobert en Turín y expediente adoptado para engañar al enemigo.—Primera concentración de nuestras fuerzas.—Inactividad de los austriacos y cómo dejan escapar la ocasión.—Llegada del emperador á Génova: el cuartel general trasladado á Alejandría: confusión y apuros administrativos: distribución general de nuestras fuerzas.
- III.—Esfuerzos de Giulay á fin de adivinar el plan francés: de cómo presume haberlo descubierto.—Gran reconocimiento austriaco y de cómo determina (20 de mayo) el combate de Montebello.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Posiciones de los aliados en 21 y 22 de mayo.—Consejo de guerra: proyecto de un movimiento envolvente hacia Novara: de cómo se adopta esta combinación estratégica: su ejecución: los dos combates de Palestro (30 y 31 de mayo).—Los aliados acampan en torno de Novara.—Largas ilusiones de Giulay; de cómo al fin se le hace ver claro y él se decide á volver á pasar precipitadamente el Tesino.—De cómo el segundo cuerpo y los cazadores de la guardia pasan este río y se instalan más allá del *Naviglio grande*: pequeño combate de Turbigo (3 junio).—Últimas disposiciones de los aliados antes de penetrar en Lombardia.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—MAGENTA (4 de junio).—Descripción del campo de batalla: franceses y austriacos, sus disposiciones, sus efectivos.—Primer movimiento ofensivo de la guardia y cómo se suspende hasta que Mac Mahón haya indicado su ataque.—Ataque de Mac Mahón.—De cómo los granaderos de la guardia se lanzan contra los puentes del *Naviglio grande*: combate encarnizado; peripecias diversas; situación crítica de la guardia; urgencia de un auxilio; llegada de la brigada Picard (tercer cuerpo).—Por qué causa Mac Mahón tuvo que interrumpir su ataque; por fin reanuda el combate: ataque y toma de la *Cascina nuova*: marcha sobre Magenta.—Continuación del combate á orillas del *Naviglio*: el tercer cuerpo austriaco; llegada de la división Vinoy: lucha encarnizada á orillas del canal y en torno de Ponte-Vecchio.—Mac Mahón llega á Magenta: última resistencia: toma del pueblo: se gana la batalla.—Largas ansiedades en el cuartel general: de cómo se sabe el éxito de la jornada.—Alarma y nueva toma de armas al despuntar el día 5 de junio; retirada definitiva de los austriacos: las bajas; carácter y resultados de la batalla.
- VI.—Entrada en Milán: recibimiento entusiasta.—Cuidados militares: combate de Melegnano (8 de junio).—Cuidados políticos: situación de Italia: la Toscana; Parma; Módena; las Romañas; lenguaje y disposiciones de Napoleón III: impresiones que prevalecen en Francia, y cómo estas impresiones podrán influir en la política del emperador.
- VII.—Retirada austriaca, y cómo esta retirada simplifica el resto de la campaña.—Marcha del ejército aliado; incidentes diversos; permanencia en torno de Brescia.—El ejército austriaco: nueva distribución, nuevo mando: plan adoptado y modificado luego.—Los aliados pasan el Chiese.—Jornada del 23 de junio: seguridad relativa: reconocimientos diversos y cómo son interpretados.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—SOLFERINO: el campo de batalla: nuevo cambio en el plan austriaco: de cómo la marcha en sentido contrario de los austriacos y de los aliados debe conducir fatalmente á la batalla.—Primeros encuentros: Niel, Mac Mahón, Baraguey de Hilliers; los piemonteses.—Cómo se delinean tres acciones distintas: Medole, Solferino y San Martino.—El emperador: su llegada al teatro de la lucha; hacia qué lado resuelve llevar su principal esfuerzo.—Ataques hacia Solferino.—Fracaso de los piemonteses en el ala izquierda.—El ala derecha: Niel y los combates del cuarto cuerpo en Rebecco, en Baite y en la *Casa nuova*; auxilio que espera Niel: Canrobert y el tercer cuerpo: órdenes contradictorias; de qué manera Canrobert se aplica á ejecutar sus instrucciones: llegada de una porción de la división Renault y utilidad de este refuerzo.—Continuación del combate en el centro; sangrientos encuentros: ocupación de Solferino: de cómo Mac Mahón y la guardia se dirigen hacia Cavriana.—El ala izquierda: mala suerte persistente de los sardos.—El ala derecha; combates diversos; nuevos auxilios enviados por Canrobert: marcha de la división Trochú hacia Guidizzolo.—Ocupación de Cavriana.—La tormenta.—Cómo los austriacos han acordado proceder á la retirada.—Últimos combates en el ala izquierda.—Victoria decidida.
- IX.—Aspecto del campo de batalla: las bajas; los heridos en Medole, en Castiglione y en Brescia.—El ejército después de Solferino: incidentes diversos: Niel y Canrobert.—Retirada austriaca.—Paso del Mincio.—Llegada del quinto cuerpo (príncipe Napoleón).—Conjunto de fuerzas aliadas á principios de julio.—Cómo todo hace presagiar una batalla para el 7 de julio: el ejército abandona sus vivas y entra en sus acantonamientos.—Noticia del armisticio.
- X.—Causas que han podido determinar la resolución del emperador.—Las ambiciones italianas; las pérdidas de Solferino y apuros para continuar la campaña; actitud de Alemania y despachos llenos de alarma procedentes del interior; estado sanitario.—Algunos indicios: la diplomacia; Cavour.—Negociaciones con los ministros británicos; su consecuencia.—Causas que deciden á Napoleón III á tratar directamente.—El general Fleury en Verona.—El armisticio.
- XI.—Últimas esperanzas de los sardos.—Los acontecimientos se precipitan.—Entrevista de Villafranca.—Misión del príncipe Napoleón en Verona y últimas negociaciones.—La paz.
- XII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los piemonteses: Cavour, su llegada al campamento, su irritación, sus vanos esfuerzos, su dimisión y su regreso á Turín: Víctor Manuel; sus decepciones, su habilidad en limitar sus compromisos; con qué cuidado reserva la suerte futura de la Italia central.—La paz de Villafranca y las potencias europeas: curiosa actitud de Inglaterra: lord John Russell, sus despachos.—El emperador Napoleón sale de Valeggio; alto en Milán y en Turín: incidentes diversos: triste retorno.
- XIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Napoleón III en Saint-Cloud (17 de julio): su discurso á las grandes corporaciones del Estado.—Impresión pública.—La fiesta del 15 de agosto: entrada solemne del ejército de Italia: regocijos públicos: amnistía de todos los proscritos políticos.—Síntomas de una política pacífica.—Cómo tales indicios son engañosos, y la guerra ha complicado y no resuelto la cuestión italiana.